
EUGENIO TRÍAS

La filosofía
y su sombra

Prólogo de
Miguel Morey

Epílogo de
Rosa Regàs

Galaxia Gutenberg

Índice

Prólogo: Barcelona, año 1969, <i>por Miguel Morey</i>	9
Introducción a la segunda edición	27

I. LA FILOSOFÍA Y SU SOMBRA

1. Del anatema al diálogo	39
2. Método	42
3. La filosofía y su sombra	53
Conclusión	58

II. ESTRUCTURA Y FUNCIÓN DE LA FILOSOFÍA

1. La filosofía, semáforo del saber	61
2. Filosofía y bautismo del saber	69
3. Las filosofías	73
4. La guerra de todos contra todos	84
5. Función policíaca de la filosofía	89
6. El no-saber	93
7. «Experimentum crucis» de la filosofía	97
8. Funciones de la escisión	107
9. Sabiduría y «saber científico»	112
10. La estructura «saber/no-saber»	116
11. La cultura occidental	122
Conclusión	131

III. LA FILOSOFÍA SIN EL HOMBRE

Introducción	135
1. El problema	137
2. El modelo	143

Primera parte: promoción	145
1. El triángulo epistemológico (Rep. 507 a-509 c)	147
2. Las luces de la razón	155
3. Oscuridades de la razón.	159
4. El «giro copernicano»	163
5. Aparece el hombre.	167
Segunda parte: hegemonía.	175
1. Consumación del giro copernicano	177
2. Antropología filosófica	184
3. La dialéctica	192
4. Las ciencias humanas.	198
Tercera parte: ocaso	203
1. Una senda perdida.	205
2. Hacia una nueva constelación	211
3. El inconsciente como «incondicionado»	217
4. Los despistes del sujeto	221
Conclusión	223
Epílogo, <i>por Rosa Regàs</i>	225

Introducción a la segunda edición

I

En todo libro que sea verdaderamente un libro (y no mera recopilación de artículos periodísticos) late una idea motriz o idea-fuerza que se persigue a través de cada palabra y párrafo, a la que se vuelve una y otra vez en medio de digresiones necesarias que enriquecen la síntesis de unidad y diversidad del texto y que, necesariamente, queda o debería quedar en el ánimo del lector como legado de la lectura. Es preciso, a este respecto, subrayar lo que esa idea tiene de *novedad*, entendiendo por ello la formulación *renovada* de ideas y palabras pensadas a medias o pronunciadas a medias por el tesoro filosófico tradicional. No es cierto que ya todo esté dicho, ni en poesía ni en filosofía. Afirmaría más bien que ya todo ha sido dicho a medias; que en la filosofía tradicional o clásica están ya todas las cosas dichas a medias. Convertir lo que se comenzó a pensar en territorios y tiempos que pueden parecerse lejanos, pero que, por la mediación de la palabra filosófica escrita, nos puede ser contemporáneo y puede antojársenos espléndidamente joven: he aquí una tarea infinita que se nos abre cara al futuro filosófico. Pensar a *fondo* de forma renovada, basándonos en incitaciones clásicas, ideas tan erosionadas como libertad, amor, pasión o poder: eso es cometido de una filosofía que quiera ser a la vez perenne y actual. Entendiendo por actualidad la consumación del tiempo presente en la palabra viva y racional, capaz de arrastrar y reavivar la memoria filosófica y de proyectarla hacia el futuro.

¿Qué idea late y se abre paso, con dificultad, con formalizaciones no siempre adecuadas, con timidez en ocasiones y con rotundidad drástica en otras, en este primer libro de mi producción filosófica que ahora reaparece? En él inicio una aventura contemplando el territorio en que, en lo sucesivo, voy a moverme, por el cual voy a transitar y aventurarme. Abordo, por consiguiente, la cuestión previa a toda aventura filosófica. Intento responder a las preguntas: ¿Qué es filosofía? ¿Qué tiene de específico la filosofía? ¿Qué la constituye diferencialmente respecto a otras ocupaciones, tareas, cometidos o discursos?

La respuesta que se da en *La filosofía y su sombra* es una respuesta catártica, purificadora. Toma nota de un olvido sintomático y procura repararlo. Señala una dimensión del filosofar que tiende a obviarse o a dejarse siempre de lado. *Revela, en efecto, el carácter pugnaz, bélico, constitutivamente conflictivo de todo filosofar.* Éste no se enfrenta, desapasionadamente, con «las cosas mismas», sino que se revuelve agresiva y destructivamente contra otras filosofías, en espera de que de esa «lucha de todos contra todos» emerja un adecuado conocimiento de las cosas. En este primer libro mío destaqué esta dimensión tan olvidada y obviada, con la expresa finalidad de rebatir el confesado o inconfesado mito de la objetividad del conocimiento, filosófico o científico, recalcando el carácter *normativo* de la filosofía (y no meramente analítico o descriptivo). Y destacándolo en el terreno mismo donde parece que menos puede hallarse, en el terreno epistemológico, en la reflexión filosófica sobre el conocimiento. Descubrir la moral –en lo que tiene de establecimiento de normas y promulgación de leyes– en el conocimiento me ha parecido siempre más interesante que elucidar la moral desde un supuesto conocimiento o teoría del conocimiento tomada como *órganon*. La idea-fuerza de *La filosofía y su sombra* es que todo filósofo acepta, legitima, pro-

mulga o inventa una normativa de conocimiento. Y que, desde esa normativa, establece lo que puede definirse como «saber» y lo que, por incumplir esa normativa, puede determinarse como «no saber». Pero ese «no saber» constituye una proyección de la propia normativa, desde la cual se recubre un amplio territorio textual o verbal bajo un rótulo común, generalmente especificado bajo un «ismo», que es, ni más ni menos, la «sombra» de determinada filosofía: así, el «dogmatismo» para Fichte, la «sofística» para Platón, el «idealismo» para Engels o la «metafísica» para el positivismo lógico y la filosofía analítica.

Subrayaba en mi libro, de este modo, el carácter proyectivo de esa «sombra», invención de la propia normativa filosófica y raíz de su dogmática y de su falsedad. De hecho, me importaba hallar una explicación del error en filosofía. *La filosofía y su sombra*, al igual que *Teoría de las ideologías*, libro que en cierto modo lo complementa, constituye un intento por elaborar una teoría del error filosófico. La tesis del libro era: cuanto mayor índice de «sombra» posee una filosofía, mayor error puede contener. En un libro posterior, *Meditación sobre el poder*, formulé la misma idea desde la perspectiva del poder: cuanto mayor es la «sombra» de una filosofía, mayor es también su debilidad; la capacidad de verdad de una filosofía puede medirse de forma inversamente proporcional a la magnitud de la «sombra» que proyecta.

En el acto inventivo de toda filosofía, en el emerger mismo de una normativa filosófica, en este acto creador parece inevitable que la afirmación traiga consigo un inevitable saldo de «sombra», o se produzca la afirmación a través del precario punto de apoyo de una contemporánea negación. Sólo cuando ese momento creador deja paso a la escolástica dogmática que puede seguirle, resulta esterilizante y obstructor ese anquilosamiento de una filosofía apoyada en su propia «sombra».

De hecho, el mecanismo explorado en *La filosofía y su sombra* con relación a la filosofía no es privativo de esta esfera del espíritu; puede revelarse en otras esferas. Es más: en *La filosofía y su sombra* indagué ese mecanismo en la dimensión epistemológica de la filosofía. Incluso introduje cierta asunción, que hoy no aceptaría de ningún modo, de la filosofía a mera epistemología (reflexión sobre el saber). En otros libros he ido revelando el rendimiento de ese mismo mecanismo proyectivo en otros dominios filosóficos y no filosóficos. En *Metodología del pensamiento mágico* esboqué la misma hipótesis con relación al dominio teológico. En *Lo bello y lo siniestro* he intentado perseguir idéntica hipótesis en el campo de la estética.

La tradicional legislación estética acerca de «lo bello», heredada de los griegos, halla en la categoría de «lo siniestro», descubierta por el romanticismo y explorada a fondo por Freud en un extraordinario texto, su límite interno, su referencia negativa o «sombra», la cual emerge paulatinamente en la historia de la sensibilidad, siendo esa emergencia el índice mismo que permite trazar la historicidad del ámbito estético occidental, el cual tiende a apropiarse, de forma sistemática y progresiva, de esa zona en sombras, oculta y reprobada por la legislación tradicional de corte helénico. Tal es, en efecto, el tema de mi libro *Lo bello y lo siniestro*, en el cual doy un nuevo enfoque a una hipótesis, formulada en mi primer libro, que constituye quizá el punto de partida de toda mi reflexión filosófica.

Inclusive en mis libros de moral (*Tratado de la pasión*, *El lenguaje del perdón* y *El pensamiento de Joan Maragall*) queda latente la misma idea. El concepto filosófico hegemónico de razón y de actividad, heredado de los estoicos y visible en las grandes construcciones éticas modernas, se yergue a través de la negación y del rechazo del elemento pasional, cosa visible en Descartes, en Kant, inclusive en el propio Spinoza o en Hegel

(quien, sin embargo, sabía que «nada grande en el mundo se produce sin pasión»). Mostrar la emergencia del conocimiento y de la actividad desde ese sustrato inhibido que es lo pasional y a partir de él: tal fue la intención que perseguí en mi *Tratado de la pasión*.

En *El lenguaje del perdón* y en mi libro sobre el pensamiento de Maragall desarrollo la idea de que el acto plenamente ético (o «moral» en el sentido que da Hegel a este término) implica la asunción y sublimación de un fondo siniestro de violencia recíproca y lucha a muerte (relación del sujeto con su doble siniestro, generadora, en lo subjetivo, de odio y, en lo objetivo, de violencia y guerra), asunción y sublimación que se producen al reconocerse el carácter de diferencia y alteridad del «otro», lo cual requiere un acto material, de naturaleza lingüística: la palabra de la conciliación, fundamento de una «ciudad del perdón».

En ambos textos elaboré mi propia teoría acerca de la libertad y la democracia, si bien tomo como punto de referencia el pensamiento de un gran filósofo y de un gran poeta.

En general, tiendo a destilar mis propias ideas desde la interpretación de otros pensamientos y a partir de ella. De esta suerte realizo mi intención por repetir creadoramente o recrear ideas que han sido comenzadas a pensar y que deben ser fecundadas a través de la interpretación. Asimismo aseguro a mi propia filosofía un fundamento histórico que garantice su objetividad y verdad, ya que en filosofía la verdad de una tesis tiene en la confrontación interpretativa el pasaje de lo meramente subjetivo a lo objetivo. A través de un ejercicio de memoria histórica con el pasado filosófico puede la filosofía avanzar más allá de lo ya dado y pensado, siempre que la memoria esté viva, tensada hacia el presente y el porvenir.

Mi libro *El artista y la ciudad* fue, en este sentido, el paradigma mismo de esta intención metodológica por lograr un destilado de ideas propias a través de ejerci-